



manuel olimón nolasco

historiador

LA PUERTA DE LA MISERICORDIA JAMÁS ESTÁ CERRADA.

—Una especie de crónica interior—

P. Manuel Olimón Nolasco

*"Nosotros, hombres de este espléndido y babélico siglo,
hemos osado tocar la puerta de la misericordia divina"*
(Beato Paulo VI al cerrar la puerta del Jubileo del Año Santo de 1975).



No es la primera vez, pues se cuentan por decenas las ocasiones en que he estado presente en celebraciones en la plaza de San Pedro donde palpita el corazón de la Iglesia Universal, la de este día en que concluyó el Jubileo Extraordinario de la Misericordia, alentado por quien "preside en la

caridad", el Papa Francisco. Algo, sin embargo, de fresca especial lejana a toda rutina percibí en el ambiente, a la vez festivo y recogido.



Fue una luminosa mañana cuya cúpula era el azul intenso del cielo apenas tocado por algunas nubes pequeñas e inquietas: domingo de la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, comenzado a vivir desde el día anterior en que en el interior de la basílica habían sido instituidos diecisiete nuevos cardenales, entre los que se contaba el nuestro, don Carlos Aguiar Retes, arzobispo de Tlalnepantla.



Si bien las celebraciones fueron jornadas intensas de palabra proclamada, cantos salidos de corazones exultantes y abundancia de colores--púrpuras, morados, negros, dorados, el del mármol renovado pero con señales de siglos-- lo que más me llamó la atención fue el silencio colmado de vida interior que precedió el inicio de las celebraciones y la entrada del Papa: amable aviso en distintos idiomas de no aplaudir, no gritar, no agitar banderas durante esa entrada; el rezo pausado del rosario antes de la Eucaristía del domingo. Ver al Papa Francisco entrar concentrado, sin voltear la vista, con paso seguro y rápido, fue invitación para no convertir la lluvia saludable de la palabra divina y la fuerza transformadora de la presencia sacramental en un espectáculo o en una manifestación triunfalista o de culto a la personalidad.

Resuena ahora, al escribir estas líneas, el ritmo de lo expresado en la homilía del día de Cristo Rey: "Es un Rey sin poder y sin gloria mundana", despojado de su túnica, coronado de espinas y con una caña por cetro, dueño de una realeza paradójica que desde la Cruz inundó al mundo con un Amor que venció y vence a los mayores enemigos de nuestros pasos en la tierra: el pecado y su oscuridad con la gracia y su luz, la muerte con la vida, el miedo con la confianza. Esa mirada contemplativa parecía recordar la invitación de san Ignacio de Loyola en los Ejercicios a "mirar a Cristo delante y puesto en cruz; como de Dios ha venido a hacerse hombre, de vida eterna a muerte temporal..." y nos llevó a situar en los ojos de nuestra interioridad el escenario presentado en el evangelio de Lucas y, sin duda, el escenario del mundo en el que vivimos: "...el pueblo que ve de lejos...calla, ¿por miedo?, ya no se acerca ni implora salud o perdón; el grupo de dirigentes y de soldados que provocan, que piden hipócritamente un acto de imaginado poder divino, de superioridad, de éxito...los 'dos ladrones', el que blasfema y grita en desesperanza y el que, humilde, recibe la promesa no pedida: 'hoy estarás conmigo en el paraíso.' "

La cadencia de la homilía trazó dos rutas, dos pentagramas sobre los que se fueron imprimiendo notas musicales: uno dirigido a nuestro interior, a volver nuestros proyectos de vida a lo esencial, a encontrar el "verdadero rostro de nuestro Rey" en las llagas del mundo y otro a reconocer y acudir a "la verdadera puerta de la misericordia, el corazón de Cristo " y a dejarnos mirar por los "ojos misericordiosos" de la que es "vida, dulzura y esperanza nuestra ", María.

Ese ambiente impregnado de espiritualidad, fresco como un campo regado por el rocío matinal, fue el que enmarcó las últimas horas del Año de la Misericordia y las primeras de los cardenales recién instituidos. La exhortación del día de la entrega de las insignias cardenalicias se tejió a partir

del "sermón de la llanura"--armonioso contraste con el "de la montaña"-- que, frente a las tentaciones tan comunes de nuestra cotidianidad nos llaman, y con especial intensidad a quienes juraron ser "intrépidos testigos de Cristo y de su Evangelio ", a responder vitalmente al odio con el amor, al mal con el bien, a la maldición con la bendición, al silencio rencoroso con la oración confiada.

Jornadas, pues, de interioridad y de recuperación de las riquezas más auténticas de la Iglesia fueron estas, en las que el tardío otoño romano, generalmente gris y lluvioso, dejó su lugar a una breve pero intensa primavera. Los corazones se ensancharon hacia las amplias dimensiones del universo, más allá de las noticias de exclusiones, violencias, amenazas, más allá de lo que el Santo Padre ha llamado justamente "la patología de la indiferencia".

Como decía al principio, no es la primera vez que participo en una celebración solemne en el Vaticano. Sin embargo, en estos días palpé algo distinto, más profundo, religioso, de siembra de fe. Me pareció escuchar el latido tenue de unas palabras dichas por el Papa Benedicto XVI a unos cuantos días de su renuncia en febrero de 2013: "Creer no es sino tocar la mano de Dios en la oscuridad del mundo y así, en la plenitud del silencio, escuchar la palabra, ver el amor".

Roma, 21 de noviembre de 2016.